





JORGE LEÓNIDAS ESCUDERO

# ELOGIO DE LA PIEDRA Y DEL ORO

La reciente publicación de *Poesía Completa* nos permite abordar en conjunto la obra del poeta sanjuanino nacido en 1920 y asombrarnos ante la original materialidad de su mundo.

POR JIMENA NÉSPOLO

**E**stamos frente a una poesía agreste. Indómita. Alejada de los centros, las modas, las prebendas y otras tantas delicias perfumadas hasta el vómito. La de Escudero es una poesía que no sostiene cenáculos, ferias ni panteones, tampoco urde genealogías. Entre el primitivismo y un candor profano que descoyunta, se presenta guacha, fresca y fecunda como si del mismo paleolítico acabara de arribar. Un manantial en medio de un desierto de granito. Una bandera de piedra que flamea su humanidad. ¿Cómo presentar una obra tan singular sin balbucear versos rotos, inacabados, insuficientes? Acechante de mí, mirar oculto, ver/ si llegó el esperado visitante,/ el intérprete, ser, dicho mi ser por él.<sup>1</sup> ¿Serás capaz de acariciar a un sapo/ si el sapo te ansía? ¿Si te mira con ojos entrecerrados,/ garganta latiente,/ y a flor de cantar enmudece? (283)

Hay un tipo de crítica que podríamos llamar “crítica muleta” que se pliega al objeto de estudio, al “objeto leído” en una simbiosis temible fundada acaso en la arrogancia, o en la imbecilidad: se trata de un discurso crítico que se autopostula como máxima directriz tutora sin la cual los textos se desvanecerían, prisioneros de su ineptitud. Para los que no creen que la literatura deba ser un club de lisiados cuyo movimiento esté supeditado a los humores de un pedazo de madera, este tipo de discurso es si no molesto, al menos irrelevante. Una anécdota simpática destinada a matar el aburrimiento de una tarde anegada en sampleos sociales.







La poesía de Jorge Leónidas Escudero no necesita lecturas críticas. Incluso podría aún no haber llegado a la edición, ser pura potencia o deseo, quizá un manuscrito borroneado... y cualquiera de estas posibilidades no disminuiría la certeza de su existencia para aquellos que ya viviéndola, la disfrutaban o la sufren. Me estoy partiendo en dos:/ uno alquila balcones ante la comparsa/ y el otro espera ver detrás de las cáscaras./ Un ojo se me envejece de aburrimiento,/ mira, y nadie sospecha que es ciego./ El otro aspira a descubrir la oculta/ ave que anida en los paraísos. (297) Pero el punto de inflexión es –se sabe– la trascendencia que marca el reconocimiento de algún recorrido hecho: ese quiebre con lo que fue, es y ya no será que se produce al reunir la “obra completa” generalmente al final de una vida. La publicación de la obra completa supone la puesta en escena de una certeza que para entonces el *campo de lectura* del autor ya posee, y que anuncia su inminente entrada al canon vernáculo o, al menos, a su umbral. Fui a visitarte a la casa donde no estás/ y es habitada hoy por fantasmas. Salió a recibirme una señora pálida/ diciéndome que me había equivocado de piso,/ que tú vives hoy solamente en mi cabeza. (240)

El canon –ese infierno congelado que ningún poeta que se precie vivo querría habitar y que desvela a quienes se sospechan nonatos– es quizá de todas las entelequias la más caprichosa, pues su existencia sólo se explica a partir de la dinámica de fuerzas que hacen a una cultura y una sociedad dada. En el caso que nos ocupa, la mitografía del “poeta minero” debe de haber calado hondo, a fuerza de cincel y empuñaduras a lo largo de las últimas cuatro décadas, en cierta tradición cosmopolita de la poesía argentina. En efecto, Escudero suele ser considerado como un autor “raro” a causa de las peripecias de su historia de vida: en su juventud se dedicó a la minería y los juegos de azar, comenzó a publicar a la edad de cincuenta años, y desde entonces ha permanecido anclado en lo temático y lo vivencial en su provincia de origen (San Juan), saludablemente distante de los centros culturales del país. De repente me duele/ un antiguo cementerio de mineros. Los huesos/ comidos por la tierra sulfatosa./ Atisbo soledades augustas, las caricias que se desvanecieron y los nombres/ que ya no me asisten./ Camino por la orilla de un río y me alojo/ en un rancho abandonado/ donde la luz de lo absoluto/ entra por los agujeros del techo./ Pongo la mano de visera,/ ojos entrecerrados, veo los viejos que soy,/ al niño regalón de su abuela/ y al muchacho que ayer iba a caballo/ sombrero hasta loj ojos en busca de buscar./ Es entonces amor que se me canta,/ lo que el mundo hace y la muerte desteje. (308)

En la página que oficia de prólogo del libro *Verlas venir* (2002), Jorge Leónidas Escudero tienta una explicación sobre su hacer. Me interesa detenerme en esa reflexión porque en las casi ochocientas páginas que suman su *Poesía Completa* ésta es la única irrupción directa del sujeto en tanto autor. Allí, dice considerar a la poesía como un diálogo, una conversación sin “bonituras” ni “oscuridades gratuitas”, sin “malabarismos”, como un acontecimiento que solamente sucede mientras el poeta anda en la búsqueda por la búsqueda misma: “En la espera serena vi venir imágenes desde adentro y afuera, inválidas y válidas, y puse lo que puse en el papel, lo aventé hacia. Mi escritura en los versos tiende a representar la palabra hablada, ello porque me las oigo decir y las digo, se me pegan en el oído pero no siempre. (...) No escribo *para*, escribo poemas cuando siento la necesidad y así conversar fraternalmente con algún caminante que pasa.”(489)

Efectivamente, cada verso de esta poética manifiesta la decisión deliberada de registrar la fonética del habla de la zona cuyana. Un registro que parece haber nacido al compás del trote de las mulas escalando montañas,

|...cada verso de esta poética manifiesta la decisión deliberada de registrar la fonética del habla de la zona cuyana. Un registro que parece haber nacido al compás del trote de las mulas escalando montañas, en busca de un tesoro imposible... |

en busca de un tesoro imposible, innarrable, y que deja entrever la vida cotidiana, cada ínfima experiencia del hombre sencillo. Es también una poesía cifrada en múltiples búsquedas, de ahí que acuda con insistencia a la metáfora del oro para representar ese “en busca de buscar”: como minero que golpea con el pico las vetas prometedoras de las piedras, como jugador de juegos de azar que sabe que su esperanza es un espejismo y que la voz del crupier cantador del número afortunado es sólo un nombre más con el cual denominar a Dios, como hombre que busca a esa mujer idealizada mientras urde coartadas en el lenguaje, poemas que tientan la palabra única, el verso justo capaz de decirlo todo. Por las ventanas de lo hipotético arrojó/ la corbata,/ ya voy con la mochila./ Y los filos cordillera, cuesta de los machos apuna,/ soledades./ El viento balbucea que todo es posible./ Se ilumina con chispas de mi acero la cueva oscura;/ demando a golpes, grito./ Eco de un hambre eterna, con las manos heridas/ busco el tesoro, lloro, retrocedo./ Regreso a los caminos contra pelo,/ sobre escarcha en verano y las orejas/ mordidas, disfrazado/ de transeúnte: –Mozo, traiga un vino./ ¿Y el tesoro?/ Un coro de gorriones en mi hombro/ me dijo dónde estaba,/ y aún no está./ Lo ando buscando con un ala rota./ Infinidad de madres van a parirme,/ corrigiéndome,/ hasta que lo pueda hallar. (27)

Es curioso observar cómo desde la publicación de su primer poemario, *La raíz de la roca* (1970), ya se des-



| Poemas como "Loj escribidore" o "Pa loj envidioso" son, por ejemplo, verdaderas batallas literarias por desasirse del peso de la tradición y los espejismos de la cultura erudita. |

pliegan a través de un juego notable de alteración de la sintaxis los temas recurrentes sobre los que se articulará su poética en un ir y venir constante entre lo que se tiene y la falta, entre lo tangible y lo perdido o añorado, entre el "oro" y la "piedra". Si "El relincho", el primer poema del libro, ya presenta al animal que habrá de asegurar el movimiento regularmente invocado en los sucesivos libros, en el segundo poema ("Minero Riquelme") entramos de lleno al mundo de la minería en esa geografía de "piedra y chicharra", de "sol guampudo" y pozos de "yermos incendiados", de espinosos arbustos con flores amarillas que dibujan el delirio de los ríos secos de San Juan. Ya apura el vaso el minero./ Se estira como un gusano/ para formar mariposa./ Pone los ojos en blanco/ rumbo a la noche de adentro/ y un golpe de tos le encoge sobre la mesa./ Tanto golpear en la cuña/ tendrá que abrirse la vida, Riquelme./ Hay un caballo blanco esperándote. (23)

En esta poesía que recorre los caminos salitrosos de los cerros, zonas que sólo es posible transitar gracias a la estoica tracción a sangre, el caballo no puede sino adquirir dimensiones magnánimas. *Caballazo a la sombra* (1998) es un poemario lleno de preguntas ¿Cómo sos vos el mismo firme que ayer/ buscaba oro nestas piedras? (387), de interjecciones, torceduras, elisiones y diálogos tramados en sordina con las múltiples voces que pueblan al yo y que terminan desbaratando toda pretensión silvestre de que el sujeto autocentrado logre atrapar la piedra filosofal de la palabra plena. Me escondo,/ soy el tapado, el otro, claro es lógico/ ustedes no vean en mí ningún cambio./ Es que busco e nadie me ubique/ como distinto en reuniones vuestras/ por eso exhibo/ una cáscara de costumbres añejas./ Mientras/ vos ante mí queate quieto/ no podés ayudarme, no he caerme/ ni podrías empujarme a un pozo/ pues no





es con ustedes mi asunto, es/ con el horizonte que tengo clavado aquí,/ en el entrecejo. (414) Ya los mismos nombres de los poemas que componen *Tras la llave* (2006) grafican claramente esa búsqueda imposible que esta poética en su devenir texto dibuja: “La palabra única”, “Baile de disfraz”, “Pedido de ayuda”, “Camino de la poe”, “El pensamiento gatuno”, “Historias”, “Extrañamiento”, “Puede ser”, “Encuentro mustio”, “Forma de ausencia”, “En carne propia”, etc. En esa misma serie hay un poema, “Jugar con fuego”, que retoma incluso una problemática ya planteada en un libro anterior (*Los grandes jugadores*, 1987) para presentar ahora la existencia de sujetos desdoblados, presos ya de una terrible adicción que los desgarran. El fuego los consume,/ les aúllen los monos en la hórrida selva/ y los papagayos trastruequen sus nombres;/ las orquídeas abundan, vanamente,/ sobre sus itinerarios confusos./ (...) Constructores tozudos de castillos de naipes/ al azar de su ansia, sin abrigo;/ tropezar en la misma piedra a cada/ paso en la inmensidad./ Sin embargo resumen lo más hondo del hombre:/ Sobrepasar sus límites, pura búsqueda y nada./ El juego es hermoso, pero el camino es triste. (125) Podría incluso pensarse que *Caza nocturna* (2007) trabaja sobre este mismo problema, el de la creación, desplegando una paleta temática que va del juego a la caza, del azar a la sangre: Riesgo, búsqueda y apuesta. Redención y perdición. Materialidad y misterio: “porque lo que esperarás es un relámpago de futuro que cuando lo has visto, desaparece” (652). la poesía te usa abusa/ de tu ignorancia y te hace creer que sí,/ quel poema es tuyo cuando sos el muñeco del ventrículo Sol/ Viento Caminos Cielo Amor y Dolor. (668)

En efecto, el registro de la oralidad se exagera en los poemas construidos a modo de diálogo. Las elisiones de fonemas se multiplican e incluso tienden a respetar cierta lógica en el atisbo de un lenguaje nuevo, que se pretende acaso más auténtico, más despojado. Atiendámelo on Leónidas,/ disculpe lo moleste en su sueño/ (...) nos estamos despidiendo,/ (...) perdonemé./ Fue como decirle que fuera más hombre/ para entrar a la oscuridad (402). La elisión de la “d” final y de comienzo de palabra, por ejemplo, está calibradamente dispuesta a fin de lograr un verosímil de habla que logre purgar del verso todo barroquismo, erudición o pedantería, incluso cuando se citen a referentes de la cultura letrada como Hölderlin (410) o Ifigenia (413). Sosieguesé on Jorge/ abajese del caballo, inserte/ la cabeza en l’ arena/ y escuendase de sí mismo./ Recuerde usted es criollo de aquí,/ destas piedras (403).

En los poemarios sucesivos, *Aguainten* (2000) y *Senderear* (2001), la descripción del paisaje se entremezcla con un humor sutil, por momentos irónico y por otros momentos ingenuo, que habilita la aparición de nuevas temáticas e incluso refuerza la arista anti-intelectual ya insinuada en la producción precedente. La construcción de un verosímil de escritura no escolarizada se complementa entonces con un conceptualismo libertario astutamente invocado a todo fin de denunciar la “falta de tuétano” de una literatura de “biblioteca”, afectada en demasía. Poemas como “Loj escribidore” (450) o “Pa loj envidioso” (476) son, por ejemplo, verdaderas batallas literarias por desasirse del peso de la tradición y los espejismos de la cultura erudita. ¿Qué les he de contar?/ Qui últimamente fui a una biblioteca/ y estoy sustao con la poesía/ al ver tanto libro sin tuétano./ Muchoj escribidore se dan güelta el cerebro/ y como a bolsillo vacío naa les cae. (450) Así, de un tosco y definitivo plumazo estos poemas logran eliminar la angustia de las influencias que anida, por ejemplo, en los autofagocitados pastiches y actualizar, con una fuerza primitiva inédita en las letras hispanoamericanas, la vieja promesa surrealista de que la alianza “vida y literatura” sea al fin posible.

En uno de los textos introductorios del volumen, Rogelio Ramos Signes, amigo personal del poeta, cuenta que en la escuela primaria a Escudero lo llamaban “Chiquito” y que era hijo de una señora que había escrito un libro con el que todos los chicos de entonces habían estudiado. Asegura, también, que el desierto, la arena y la piedra son los materiales que componen la provincia y que “quienes venimos de esa piedra sensible llamada San Juan sabemos que hay un buscador de oro en cada uno de nosotros”. Allá por las alturas de Calingasta/ se me ocurrió hacerme rico de endeveras./ Me metí a cateador minero y probrecito/ pretendía nada menos que oro claveteado./ Anduve picoteando aquí y allá/ hasta que se me enfrió el pulso, la esperanza/ se me quemó en la puerta del horno./ (...) Mirar en vano hacia lo ya no,/ decir y digo estoy/ en medio de una calle solitaria/ herido de quedarme aquí ¿a qué?/ Supuesto es seguir la vida sigue,/ tomo una piedra y la miro por toas partes/ no le encuentro lo que antes sino sólo/ minerales de ausencia. (637) ■

## FOTOGRAFÍAS DE MARIANA GONCALVEZ DA SILVA

1 Escudero, Jorge Leónidas. Buenos Aires, Ediciones en Danza, 2011, pág. 308. En lo sucesivo, para citar los versos, se especificarán sólo las páginas del volumen.